

# M.<sup>a</sup> Fernanda G. de Nadal

El despacho es claro, alegre, modernamente amueblado y sobre todo de una sencillez extrema. M.<sup>a</sup> Fernanda está al teléfono cuando llego. Con un ademán me indica asiento. La directora de «Garbo» habla de negocios... de negocios de prensa, pero negocios al fin. La sonrisa no se aparta de sus labios, pero a través de la encantadora femineidad que envuelve toda su persona, se observa una entereza casi varonil. No hay duda de que es una mujer que sabe adonde va y lo que quiere, por eso ha triunfado.

— ¡Asunto rusuelto! — dice colgando el aparato, con gesto alegre.

— ¿Lleva consigo muchos quebraderos de cabeza el dirigir una revista como «Garbo»? — pregunto.

— Muchos, sí. Pero teniendo vocación, todo resulta muy agradable.

— ¿Se atiende a los espontáneos?

Mi interlocutora se rie.

— Son legión — asegura. — Nuestras latitudes deben de ser propicias a este oficio. Yo creo que cada español lleva un escritor dentro, ya sea bueno o malo, pero escritor al fin.

— ¿Se leen todas las cuartillas que llegan a la redacción?

— Puedo asegurarle que sí. Aunque no siempre es necesario llegar al final para apreciar la calidad.

— La prensa habla de que ustedes han resucitado el premio para novela corta «Cafe Gijón».

— Es cierto. Estuvimos recientemente en Madrid y nos pareció oportuno anunciar nuestro propósito. La noticia se recibió con enorme simpatía y, a juzgar por los informes que me solicitan de toda

España, ha levantado gran expectación.

— ¿Muy cuantioso el premio?

— Cinco mil pesetas para el ganador y dos mil quinientas para el finalista. Pero lo mejor está en que adquiriré para publicar en «Garbo» toda obra que merezca la pena.

— ¿Alguna originalidad en este jurado?

— Ninguna. Salvo que yo exijo a los miembros del mismo se olviden de sus amigos a la hora de votar.

— ¿Figurará usted entre los jueces?

— No; ya tengo bastante con el «Elisenda».

— ¿Aficionada a crear galardones literarios?

— Me parecen necesarios, por el interés que suscitan. Y espiritualmente nos satisfacen... incluso nos divierten. Son desde luego una compensación enorme a tanta jornada agotadora.

— ¿Ha descubierto usted a través del «Elisenda» algún nuevo valor?

— No lo sé aún. El primer año lo ganó una escritora ya conocida. Es posible que las otras dos triunfadoras lleguen un día a ser célebres. Desde luego, la creación de un jurado completamente femenino fué cosa mia.

— ¿Y el ponerle tal nombre? ¿Hay algún motivo especial para que le denominaran así?

— Sí; lo hay. Pero es completamente de tipo afectivo y espiritual. Casi podemos decir que romántico. Elisenda de Montcada está enterrada en el Monasterio de Pedralbes y en Pedralbes nos conocimos mi esposo y yo. También nuestra primera hija se llama Elisenda.

— ¿Su marido es escritor?

— Mi marido es Antonio Nadal Rodó, el director de «Fotogramas».

— ¿Tienen más hijos?

— Seis. Dios me ha concedido una gran familia, de la que, como madre, me siento muy orgullosa.

— ¿Apunta la vocación de sus pequeños hacia la profesión de ustedes?

— Es prematuro hablar de vocación. Por ahora me conformo con que vayan sacando adelante sus estudios de Bachillerato. Elisenda ya lo ha terminado y, sí, dice que quiere ser periodista. El segundo, Oriol, anda por el 5.º y parece se inclina hacia las Leyes; aunque de pequeño quería tener una granja para criar pingüinos. Los otros cuatro son demasiado niños.

Por la expresión del rostro de María Fernanda comprendo que este es su tema preferido, pero yo he llegado hasta su despacho para hablar muy especialmente con la directora de «Garbo».

— ¿Fué idea suya el lanzar la revista? — preguntamos.

— Completamente. Y he tenido una suerte enorme, pues España entera la acogió con simpatía.

— ¿Ningún contratiempo?

— Los normales. Algunos colegas se metieron con mi publicación, suponiendo que por ser mujer claudicaría. Hoy, ya convencidos, hay hasta quien asegura que me admira.

— ¿Hace periodismo activo?

— Imposible. Carezco de falta material de tiempo. Pero me gusta muchísimo y lo he hecho en un diario y para Radio Nacional de España de Barcelona.

— ¿Qué secciones firma?

— Ninguna. Me sobra con leer, corregir, seleccionar... En una palabra, dirigir la revista.

— ¿Cuántas horas diarias se pasa trabajando en su despacho?

— No me paro a contarlas. Pero esté segura de que el trabajo es enorme. Para mí las semanas pasan con una rapidez vertiginosa y cada siete días hay que poner a la venta un nuevo número.

— ¿Alguna información sensacional que tuviera un eco favorable en el público?

— Procuero adquirir en exclusiva para España todo lo que encierre un notorio interés. Hace poco publicamos las crónicas que escribió Truman en su viaje por Europa. Pero concretando, nuestro éxito más reciente es la boda de Mónaco. La gente nos pedía números, que ya no existían, en términos casi desesperados, desde todos los puntos de España.

— ¿Se vende fuera de nuestras fronteras?

— En Portugal e Hispanoamérica. Suscriptores tenemos en otros muchos países.

Sinceramente, ¿es negocio un periódico?

— Sabiéndolo llevar, desde luego.

— ¿Cultiva algún otro género literario?

— En la vida, sólo se me ha ocurrido ser buen ama de casa y periodista.

— ¿En qué busca esparcimiento?

— Cuando hay tiempo para ello, procuro elegir una buena película o un buen libro. Me gusta enormemente viajar, pero hace años que mis pequeños y el periódico me lo impiden.

— Para terminar, queremos preguntarle algo que nos intriga.

— ¿...?

— ¿Por qué cambió el nombre de la revista?

— Sencillamente, porque un editor lo tenía ya registrado. Y fué una suerte, pues «Garbo» es una palabra muy española.

También M.<sup>a</sup> Fernanda G. de Nadal es una mujer muy «a la española». Su temple varonil, de capitana de empresa, se funde con la gracil femineidad que la ha hecho reina de un hogar.